

do en las especulaciones filosóficas, conocedor de los hombres, práctico en los negocios públicos, de espíritu libre y clarovidente. No obstante, en momentos en que se esfuerza por adivinar el porvenir y descubrir el destino del Imperio, de la humanidad y de los dioses, se encuentra frente a frente de San Pablo, el apóstol del dios nuevo, el real fundador de la religión que ha de abatir los ídolos paganos, conquistar el mundo, dominarlo y transformarlo—, y lo desconoce. Pasa junto a él Pablo de Tarso, el pequeño tapicero judío, estevado y lagñoso, acusado por sus correigionarios de la sinagoga de Corinto, de servir a otro dios y predicar otra ley, y él toma la disputa histórica por una riña de mercachifles y una pendencia de palabras.

Este es el cuento ejemplar, al que luego comenta Anatole France en un diálogo docto y sutil.

Ciertamente es cosa difícil prever el futuro, y arriesgada, profetizarlo. Sin embargo el maestro ha intentado prever y ha profetizado.

\* \* \*

Llegó el día en que advirtió que nadie debe mantenerse indiferente a la suerte de los hombres y apartado de la acción. Ya había escrito en *El Jardín de Epicuro*, templado fruto de su escepticismo: «Conservemos el entusiasmo y las necesarias ilusiones; trabajemos por lo que creamos útil y bueno; pero no con la esperanza de un éxito rápido y maravilloso, no hasta el